

FELIPE Y JUANA

(TRAGEDIA EN DOS RETRATOS)



El mejor elogio que se me alcanza a propósito de la Exposición «Carlos V y su ambiente», es el de consignar que me sentía embargado de una sensación de malestar transcendente, de tristeza especulativa, al transitar los ámbitos del Hospital de Santa Cruz. De manera que cuando, por imperativo de las horas, me tenía que reintegrar al ambiente exterior, me sorprendía de verme gozosamente vivo y en 1958. Porque el dintel del recinto de la Exposición hacía las veces de una fantástica frontera entre la actualidad viva y un fabuloso intento de reviviscencia del pasado.

Las armas antañonas, las joyas, las pinturas, cuando se convierten en antigüedades, ¿siguen viviendo su vida humilde, pero dilatada, de cosas? No: son ya fósiles también, aunque se conserven acicalados y a punto aún de disparo, como los arcabuces carolinos. Sus dueños, los ilustres muertos de la dinastía austríaca, se asomaban, muertos también, a las ventanas de taumaturgia de los retratos. Porque los muertos mueren también, otra vez,

en sus efigies, a despecho de la maestría de los artistas y de la bondad de los pigmentos. La colección de efigies reunida en Santa Cruz era excepcional: por la jerarquía de los representados y por la categoría de los artifices. Falto de espacio para referirme a la simbología del retrato de Carlos en Mulbergh, ni a la calidad fabulosa del de Felipe II, por Lucas de Heere, ni al sorprendente parecido de este retrato con el de la Emperatriz, por el Ticiano, sí quiero, empero, referirme a otros dos retratos (a otras dos parejas de retratos) que nos dan la clave, decepcionante, quizá, de un famoso drama histórico. Como puros documentos pictóricos, los retratos que más me han impresionado, han sido los de doña Juana, «la Loca», y los de su esposo don Felipe. Los de doña Juana, pintado el uno por el maestro Michel y el otro por el maestro de la Abadía de Afflinghen, me parece recordar. Aunque de distinta mano, los dos ofrecen entre sí un impresionante parecido, garantía de fidelidad al modelo; de manera

que doña Juana se nos aparece como una mujercita trágicamente insignificante, de frente monstruosa de raquítica, cuerpo ruín y un ánimo empequeñecido que aflora en unos ojos tristes, pequeños y lacrimosos; bien distinta, desde luego, de la figura impresionante que Casado del Alisal fingió, con romántica despreocupación, en su célebre cuadro, y de la heroína que Aurora Bautista incorporó en el celuloide. Juana, en sus retratos, se nos representa poco favorecida por la Naturaleza, infradesarrollada e históricamente propensa a las quejas y a las lágrimas. Y su marido, el beocio Felipe de Austria, en los suyos, no tan hermoso como le proclamó su sobrenombre. Porque en los dos que le representan, anónimo el uno, del maestro de Afflinghen el otro, se nos ofrecen también dos semblanzas idénticas de un mocetón de carrillos grasos y frente breve, y ojos pequeños y juntos que revelan, sobre notable carencia de inteligencia y sensibilidad, un feroz egoísmo de príncipe malcriado.—José PEDRAZA.